

CAPITAN DE DIEGO
TENIENTE QUINTANA
TENIENTE ROYO

BELCHITE



EDITORIA NACIONAL

Año de la Victoria

Residencia
de Estudiantes

Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes

Residencia
de Estudiantes



Caesaraugstae 20 Maii 1939
Imprimatur,
Rigobertus, Archiepiscopus Caesaraugustanus



A NUESTROS HERMANOS DE SI-
TIO Y DEFENSA, CAIDOS GLO-
RIOSAMENTE.

A NUESTRO INVICTO GENERALÍ-
SIMO FRANCO, QUIEN PROCLA-
MÓ EL ORGULLO DE LA NACIÓN
ANTE EL HEROISMO INMARCE-
SIBLE DE BELCHITE.

AL MUNDO ENTERO.

Talleres Gráficos - ANTONIO J. ROVIRA - Rocafor, 161 - Barcelona





B E L C H I T E

RAPSODIA INCOMPLETA



«... Son los trece días largos de Belchite,
las campanas rotas de su campanario
que una hoguera dantesca derrite,
la marcial defensa de su Seminario,
las ruinas del viejo Santuario
de El Pueyo... Una lucha de casa por casa,
y, a las épicas tropas unidas,
los vecinos alzados en masa
con su Alcalde: un hombre tan recio y entero
que, de los deberes de su vara esclavo,
manejando, resuelto, un mortero
¡cayó como un bravo!»

F. DE LASALA

Julio 1936. París. La pesada mole del Arco de Triunfo levantado para conmemorar aquellas victorias de Napoleón I que tuvieron su ocaso bajo los cielos indómitos de España, aparece rodeada ya por la ordinariez de un ambiente de Frente Popular.

Aquello ya no es la capital de la dulce Francia, ni el más divertido centro de la mundanidad. Europa y el mundo tienen más graves preocupaciones.

Ante nuestros ojos que recorren la lista de las victorias del primer Bonaparte, aparece un nombre familiar: BELCHITE.

España y Francia caían entonces en la ignominia de unas consignas soviéticas. Los parisinos habían olvidado el capotón imperial de la campaña de Rusia, pero en los oídos españoles muy pronto resonará la voz de la Patria repitiendo las palabras de Jesús en Getsemaní: «Ea, levantaos, vamos de aquí; ya llega aquel que me ha de entregar.» (Mat. 26, 46.)

Y poco tiempo después Belchite, penacho otrora de las tropas del Mariscal Blake, sería ejemplo para todas las generaciones de españoles porque su grandeza era un triunfo sobre la hipocresía, el miedo y la deslealtad «inolvidables» de la patria de los franceses.



Supervivientes de sitio, defensa y rotura del cerco, escribimos ahora el relato objetivo de lo que allí pasó y vieron nuestros ojos.

No nos han contado nada. Somos testigos siempre, y, en algunas ocasiones, protagonistas.

El estilo rápido y la sobriedad del relato no son incompatibles con la más cruda verdad objetiva.

Nos preocupa sólo el temor de empequeñecer la grandiosidad de una página histórica, única en la guerra de España; mas al releer nuestras propias cuartillas, escritas en el frente, junto a «la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería», como los llamara Cervantes en el Discurso de las Armas y las Letras, hemos sentido —renovada— la emoción indescriptible de aquellos días.

Una copiosa documentación obra en nuestro poder al escribir ahora. Sabemos lo que ocurrió en Belchite y lo que sucedía «fuera»; nos lo dicen la prensa roja, las revistas y boletines, las órdenes y telegramas de su Ejército, y hasta las felicitaciones extemporáneas del Gobierno de Prieto.

Sin duda, si fuéramos a aquilatar la diferencia entre ellos y nosotros, podríamos citar aquellos endecasílabos verdaderamente imperiales escritos en un trozo de cuero sobre el arzón del caballo de un conquistador español del Siglo de Oro, Alonso de Ercilla:

«... que las honras consiste no en tenerlas,
sino en sólo arribar a merecerlas.»

I. SITIO

- I. — Belchite visto desde el campo enemigo.
- II. — Propósitos del mando rojo.
- III. — El final de la guerra.
- IV. — La operación.
- V. — La ofensiva desde mi observatorio.

I. — BELCHITE VISTO DESDE EL CAMPO
ENEMIGO

Circunstancias en que se realizó la ofensiva
en Aragón: 1937

El Caudillo había anunciado su propósito de acabar la guerra en el Norte. Y así se realizó: En junio era roto el cinturón de hierro que defendía Bilbao; y luego, liberada toda la provincia, el Ejército Nacional se internaba en la de Santander.

El ejército enemigo, que ocupaba la parte SE. de la Península, había de realizar alguna acción dirigida a contrarrestar nuestra ofensiva potente y arrolladora. Lo pedía la prensa con grandes titulares.

En la retaguardia roja cundía el desaliento de modo alarmante; se sucedían derrotas militares por todas partes y en la opinión se comenzaban a sentir esos síntomas de descontento precursores de finales trágicos.

En estas circunstancias se realizó la ofensiva de Brunete. Pero aquella operación se convirtió en enorme derrota. Las tropas nacionales continuaban avanzando en el Norte... Había de realizarse otro intento: tal fué la ofensiva en Aragón. Belchite era la pieza codiciadísima que abriría la puerta de Zaragoza.



Para el ejército rojo, Belchite sería el primer laurel de la nueva ofensiva. Para su Estado Mayor, el objetivo que darían los partes «a las treinta y seis horas».

II. — PROPÓSITOS DEL MANDO ROJO

El día 23 de agosto de 1937 el enemigo inicia su ofensiva. ¿Sus propósitos? No cabía duda: el objetivo no era otro que Zaragoza.

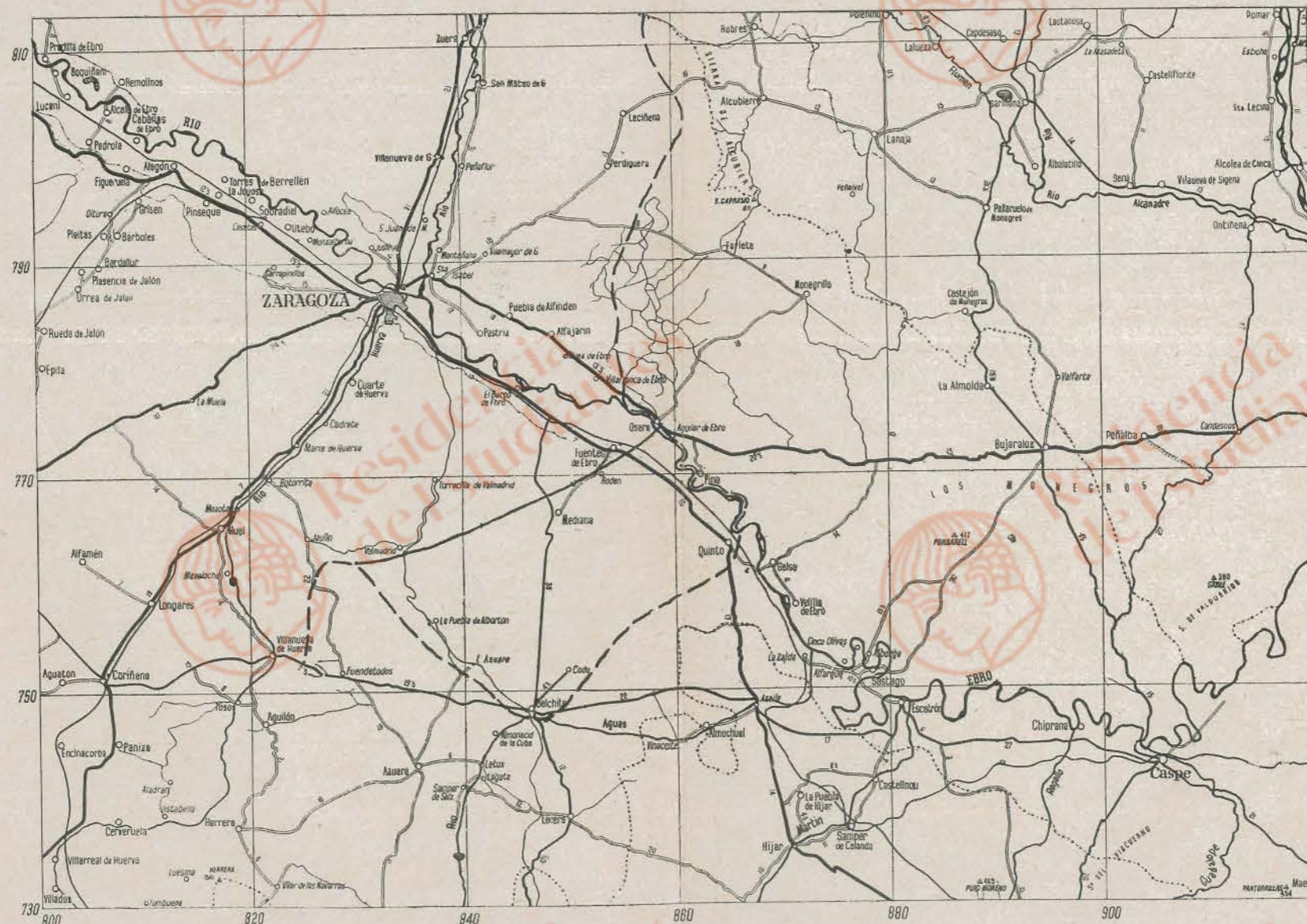
Copiamos de «El Diluvio» de Barcelona, fecha 15 de septiembre de 1937:

Estas divisiones, dotadas de abundante material y animadas de un espíritu formidable, tomarán Zaragoza, y remontando el Ebro, llegarán donde deban llegar.

Los ataques se inician por estos tres puntos: Zuera, Quinto y Belchite.

Y la operación estaba planeada en estos términos: Las fuerzas que atacaban por Zuera habían de cortar las comunicaciones de Zaragoza con Huesca y el resto del Norte. En el sector de Belchite las procedentes de Fuendetodos tomarían la Puebla de Albortón, y las procedentes de La Zaida el pueblecillo de Codo, uniéndose ambas, y después de vencer la resistencia de Belchite caer sobre Zaragoza. En tanto, otras fuerzas avanzarían por la carretera general.





Zona de la ofensiva roja de Aragón, Agosto - Septiembre de 1937.

— Frente del Sector de Belchite antes de la ofensiva.

—> —> —> —> —> durante el asedio.

III. — EL FINAL DE LA GUERRA

Llegó a pensarse que la ofensiva de Aragón podía suponer el final de la guerra.

En el editorial de «La Vanguardia», correspondiente al 28 de agosto de 1937, leemos:

El frente de Aragón puede ser, debe ser, el ariete final que deshaga la babélica torre fascista.

El optimismo no podía ser mayor.

«La Publicitat», en un artículo titulado «Belchite», escribe:

Cada día se ve más claro el significado de esta guerra; es por eso por lo que nosotros, pase lo que pase, no la podemos perder.

Y «Diari de Catalunya»:

Mientras continúa, tenaz, nuestra ofensiva en el frente de Aragón, clave del triunfo...

En «Las Noticias» de Barcelona, fecha 5 de septiembre de 1937, una fotografía de Zaragoza, la muy conocida de los aragoneses, obtenida desde una de las torres del Templo del Pilar, y en ella, malísimamente «apañados», tal cantidad de aparatos «leales» que cubren todo el espacio:

Zaragoza bajo la aviación republicana.

Algún periódico francés llegó a publicar otra fotografía: la de la Puerta del Carmen, con un

pie en el que explica que ése es el lugar donde se reñía fuerte batalla.

IV.—LA OPERACIÓN

El parte rojo del día 24 de agosto de 1937 refiela el comienzo de la ofensiva en Aragón. Va apoyada de una fuerte propaganda, y la retaguardia empieza a «animarse».

Es cuestión de unos días. Pronto Zaragoza pasará a poder de los «leales», y remontando las fuerzas republicanas el Ebro, ¡quién sabe!—se decía.

Zaragoza bajo el fuego de los cañones republicanos,

escribia «La Vanguardia» de Barcelona, en su número de 27 de agosto.

Lo decía el mismo parte oficial del día 26.

Continúa el avance hacia Zaragoza,

escribia, optimista, «Las Noticias», fecha 29 de agosto.

Y se llega al colmo de la euforia: Pozas, por radio, se dirige a los militares «rebeldes» y les habla de rendición y de honor militar (!!)...

* * *

Repentinamente las caras risueñas comienzan a convertirse en torvas. ¿Qué sucede? La operación no se realiza con la rapidez prevista. La guarnición de Quinto ha resistido con un valor

ilimitado durante dos días. En el pueblo de Codo el Tercio de Nuestra Señora de Montserrat resiste otros dos. Y lo mismo ocurre con la Guardia civil de la Puebla de Albortón. A Pozas le llegan estos partes: «Las guarniciones no se rinden». Y, en tanto, en Belchite no se ha perdido una sola posición. En Barcelona no pueden ocurrir estas novedades: «No puede avanzarse». Y unas divisiones relevan a otras.

Los proyectos van esfumándose poco a poco, y la «Pasionaria», con Uribe, acuden en persona al Cuartel General de Pozas. Su misión es animar a la gente, para dar el golpe final. Suben hasta el Mojón del Lobo, para contemplar la entrada en Belchite, y han de volverse sin conseguirlo.

Los partes dan: un día, la ocupación de la Estación; otro, la del Seminario, o la Serratilla, o la Fábrica de Aceites; pero no pueden dar la definitiva entrada en la plaza.

Belchite se halla cercado por nuestras tropas. (30 agosto.)

Seguimos manteniendo el cerco a Belchite. (31 agosto.)

Y lo mismo el día 1 de septiembre.
El día 2:

En Belchite hemos ocupado la plaza de toros y el Seminario.

La retaguardia roja se desalienta por momentos. Las bajas son numerosísimas. Y en esta si-

tuación se da la entrada de las tropas en la plaza.

Toda la prensa lo reseña con grandes titulares:

Belchite cayó en nuestro poder. La conquista se realizó casa por casa. Se han recogido 1.500 cadáveres de facciosos.

Tres días después los partes todavía daban cuenta de que en Belchite se habían sofocado los últimos reductos enemigos; y es que Prieto había dado la noticia con tres días de anticipación.

La prensa comienza a preparar la opinión pública:

Nada de dar por conquistado Aragón, nada de voltear campanas, nada de considerar el triunfo como definitivo. («El Diluvio», 14 septiembre 1937.)

Cada casa se convirtió en un reducto defendido hasta perecer. Dato elocuente es que el número de muertos enemigos es triple que el de prisioneros. Ni hubo abandono ni flaqueza en el enemigo. («Heraldo de Castellón», 4 septiembre de 1937.)

En tanto, los corresponsales escriben sobre la entrada triunfal de Pozas en Belchite (?)

Después: felicitaciones, cambios de telegramas, agasajos, pero... habían pasado catorce

días. Su ofensiva se había convertido en nuevo desastre.

Sus bajas, según datos que ellos mismos proporcionan: 34.000.

Y las tropas nacionales habían conquistado Santander, dirigiéndose, victoriosas, hacia Asturias.

V.—LA OFENSIVA DESDE MI OBSERVATORIO

Madrugada del 23 de agosto.

El firmamento era un manto azul, de abrillantada pedrería. El Oficial de servicio, en el observatorio, sentado ante el anteojos estereoscópico, observa la circulación de camiones. La caravana, con sus luces encendidas, parece un gusano de luz que reptá sobre la carretera, encogiéndose y estirándose.

Las dos de la madrugada. En el parte van anotados, en una sola dirección, trescientos cincuenta coches.

—Anoche, a estas horas, habíamos contado otros tantos, mi Teniente.

—Parece que cruzan hacia el Ebro.

Terminado el servicio, llega otro Oficial, el cual queda enterado de las novedades.

El saliente se retira. Bajo tierra y por una profunda trinchera de tres metros se dirige a un polvorín: arquitectura de guerra, bóveda de ladrillo y cúpula de hormigón armado.

Con su linterna de bolsillo ilumina un rincón;



montones de disparos de artillería, cajas con artificios, a cuatro metros de profundidad; entre una pirámide de proyectiles y el acceso directo a las piezas se acomoda. Luego duerme.

Seis de la mañana. Me despierta el asistente:
—Mi Teniente, que le llama el Capitán.

—Bien. Allá voy.

—Mande «a sus puestos», que hay que tirar.

—Muy bien; en seguida.

Y la batería rompe el fuego sobre unos grupos que por la llanura del Saso —donde hace siglos riñera Amilcar Barca otra batalla memorable— quieren aproximarse, en un exceso de confianza intolerable.

Parecen grupos de gente en día de campo; van y vienen con las manos en los bolsillos. Se juntan, se separan sin plan fijo.

La descarga ha ido un poco larga; la primera reacción del enemigo es venir corriendo hacia nosotros, pero luego salen a los lados y escapan.

Al cabo de un rato vuelven a aparecer; con pequeños picos van cavando, haciendo pozos y pequeños parapetos, larvas de trinchera.

Había comenzado la batalla.

El último tren que salió para Zaragoza se llevó una sección de otra batería y dos casamatas quedaron vacías.



En la primera separación familiar, el campamento aquella noche no oyó guitarras ni jotas, como otras anteriores, porque se vive en nostalgia del recuerdo de los que marcharon.

El despertar siguiente fué en un anochecer raspado de balas.

El centinela, nervioso, anuncia tiroteo por el Seminario.

Y deprisa.

—¡Llamad a la gente! ¡Todo el mundo arriba! De las cuevas que hacen dormitorios comienzan a salir los sirvientes de las piezas.

—Cada uno a su puesto.

—¡Preparad el mosquetón! Rápido. Seriedad.

Ruidos de cascos, choque de fusiles, idas y venidas.

Los artificieros sacan proyectiles de sus cajas y colocan espoletas; el apuntador limpia su goniómetro, mientras el sirviente del cierre lo abre varias veces con nerviosismo, para comprobar que todo está a punto.

—Preparad diez disparos por pieza.

Una Sección formada pasa a reforzar la Serratilla.

El sol va a dibujarse con augurios de sangre y fuego en el horizonte. Lo extraño comienza a ser visto. Desde el observatorio, el anteojito de antenas gira en todas direcciones y toma datos un Oficial.

El Comandante sube con atavíos de campaña.

—¿Está la gente en sus puestos?

—Sí, mi Comandante.



—Repartan a cada uno cien disparos de fusil y que estén preparados a todo.

—Ya se hizo, mi Comandante.

Luego la espera: los minutos se hacen eternos. Llamadas telefónicas:

—¿Ven ustedes algo? Avisen inmediatamente.

—Mi Capitán: parece que se observa movimiento.

—Llamen a la Batería del Saso.

—Sí: se ven algunos grupos.

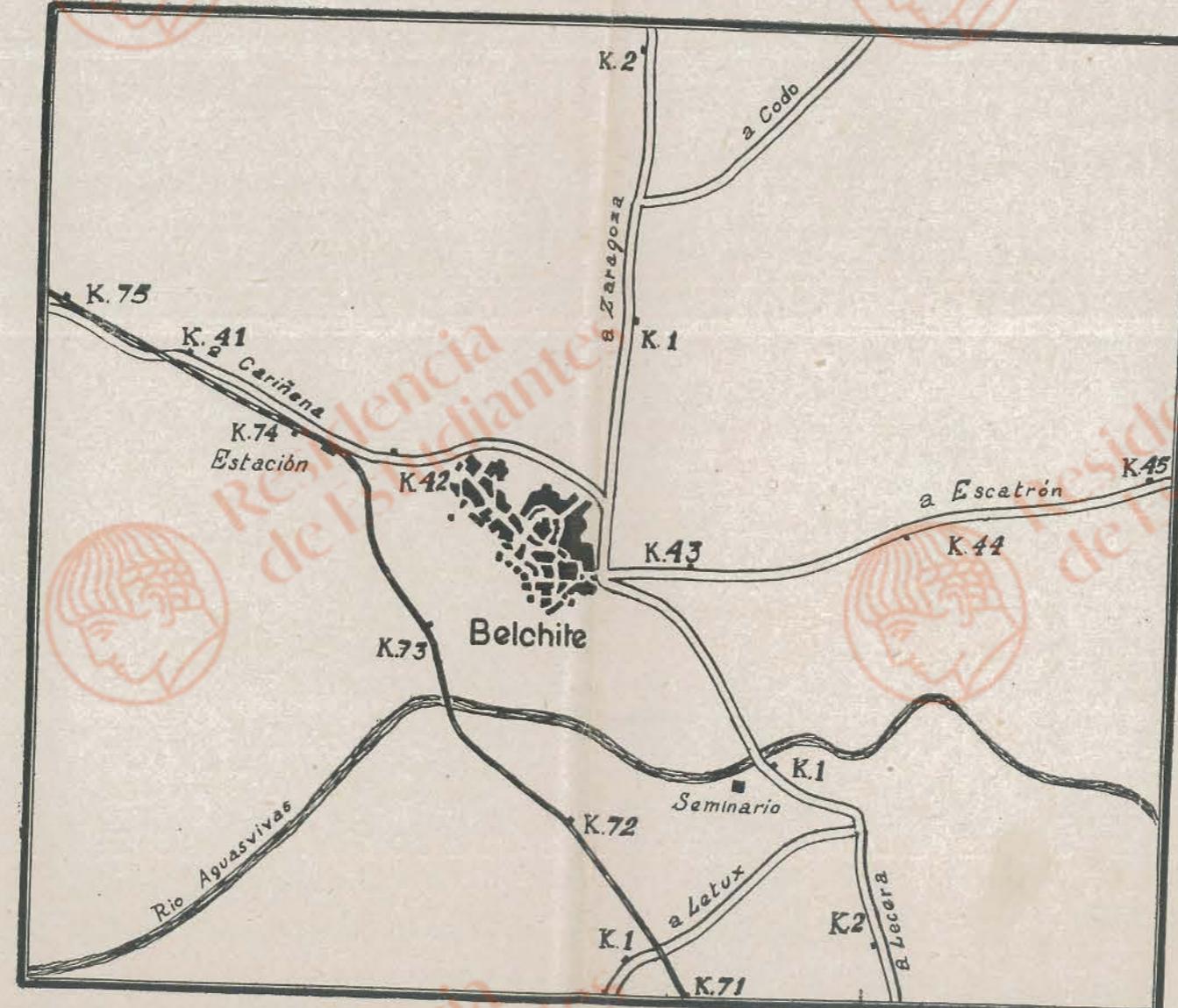
Un enlace de Comandancia ordena vigilancia sobre el sector de Codo.

Teníamos delante las vanguardias del Ejército de Prieto, organizadas con lujo de elementos, para romper el frente de Aragón en magna ofensiva al norte y al sur del Ebro.

Ni se desdeñaron ayudas internacionales, ni se escatimaron elementos. Había que argumentar en Ginebra con razones poderosas y presentar un triunfo militar de importancia que justificase la ayuda descarada de las democracias, al soaire de la cachupinada diplomática.

Belchite era el baluarte defensivo del sur en la línea de Quinto-Jaulin. Algo avanzado en un frente discontinuo formaba un espolón cuyos flancos eran fácilmente vulnerables.

Ocupado Belchite, tendrían dos carreteras libres y un ferrocarril como líneas de penetración, y eran tanto como las llaves de Zaragoza, porque, entonces, la doble tenaza Zuera-Villamayor



al norte, Quinto-Belchite al sur, ahogaría a la capital irremediablemente.

Y acaso el maquiavelismo barato de Indalecio Prieto se refocilaba *a priori* pensando en el efecto profundo que causaría en Quai d'Orsay una portada inédita de *L'Illustration* que él preparaba.

«Tropas senegalesas de la Brigada Walter dan guardia al Templo del Pilar de Zaragoza, como muestra del respeto que le merecen al legítimo Gobierno de la República cualesquiera confesiones religiosas.»

Y se frotaba las manos. Por de pronto ya llevaba en su séquito una legión de periodistas y reporteros, enviados de los periódicos del Frente Popular, fotógrafos y *cameramen*.

Aquella tarde *Paris-Soir*, en primera página destacaría el comienzo de la victoriosa ofensiva de «las armas del pueblo».

La línea nacional Quinto-Belchite-Valmadrid estaba guarneída por una media Brigada.

Sobre ella se lanzó una masa de maniobra no inferior a quince Brigadas, con un regimiento de tanques rusos y más de un centenar de aparatos de aviación, de patentes francesas, rusas y norteamericanas.

A las cuarenta y ocho horas sucumbieron gloriosamente Quinto, Rodén, Mediana, Codo; tres días después se replegaban las fuerzas del Pueyo, estación del ferrocarril de Azuara y Puebla de Albortón.

Y Belchite quedaba solo, aislado, haciendo frente al Ejército de Prieto.



Éste ya no se frotaba las manos tan a gusto; Belchite retardaba la maniobra planeada, con perjuicio de las fases futuras. Los Estados Mayores eran urgidos con impaciencia. «La nueva concentración será irresistible», dogmatizaban.

* * *

Simultaneando el ataque a Codo, comenzó el despliegue de la infantería ante nosotros. A la vez, las primeras concentraciones de artillería se ensayaban sobre las baterías de Belchite. Se trataba de inquietar para despistar y que pasase inadvertido el verdadero objetivo, que era el pequeño pueblecito de Codo.

Sobre él se hizo una preparación intensa de artillería, y varios servicios enérgicos de aviación de gran bombardeo. Las baterías nuestras trataban de descongestionar el ataque a Codo, batiendo las tropas que le rodeaban.

Desde el observatorio se veían las tropas de reserva, detrás de unos montículos desenfilados del objetivo; allí se lanzan los proyectiles, en fuego rápido, y se les dispersa; mas, se ocultan también de nosotros en barrancos y contrapendientes.

Hablábamos por teléfono con aquellos héroes:
—¿Qué tal ha ido el tiro?
—Formidable; a ver si podéis batir ahora los olivares de detrás del Calvario.
—En seguida. Observad los disparos.
Y se les ayudaba con alma y vida.



Noté una vez que tardaban en contestar. Por fin, una voz distinta me respondió:

—No está aquí el Teniente.
—Que se ponga en seguida.
—Ahora no puede venir.

Continuamos tirando; nuestras explosiones menudas eran pigmeos en medio de la humareda. Las baterías enemigas de 155 y la aviación trituraban espantosamente al pueblo.

—Telefonista, llama, llama otra vez.
Tomé el auricular.
—Oiga, oiga, ¿está ahí el Teniente?
Un acento extraño me respondió:
—Alto el fuego, que nos estáis haciendo bajas.

Aquello me puso en guardia, por inverosímil.
—¿Quién es usted?
Nadie respondía.

Tomé el otro teléfono.
—Mi Capitán, la línea de Codo debe de estar intervenida por los rojos.
—Bien, mande alto el fuego.

Crispados los puños, quería adivinar a través de una cortina de fuego y humo el heroísmo de aquellos amigos del Requeté de Nuestra Señora de Montserrat. Hubiera volado a ayudarles de cerca a ellos, enteros, yaroniles, luchando en tan manifiesta inferioridad.

* * *

25 de agosto.
Al primer cañonazo de nuestra Batería, una

